

Caracas entre dos esquinas

De Mercaderes a El Carmen, por la Avenida Baralt

ZAMORA, Hernán (2005) *Caracas entre dos esquinas. De Mercaderes a El Carmen, por la Avenida Baralt*. Publicado originalmente en: *Revista Conciencia Activa 21*, N° 9. Caracas: Fundación Conciencia Activa. Julio, 2005; pp. 159-171. ISSN: 1690-4710.

“11:00 am”, leo en la pantalla del celular. Vuelvo a revisar el plano de la estación Capitolio del Metro de Caracas. Me dirijo hacia la salida de *Bolsa a Mercaderes* mientras pienso “*buen momento para tomarle el pulso a la avenida Baralt*”.

A través de una muchedumbre que va y viene apresurada alcanzo la superficie. Una ya sucia raya amarilla despeja un poco el paso. Avanzo entre muchachos y muchachas que entregan volantes de videntes, tiendas de ropa o que vocean directamente la compra de oro y dólares. El piso acabado con granito del Ávila apenas si se ve entre tanto tinglado, tanta mesa improvisada, tanto paso que intenta no errar. La lentitud y la premura ocurren simultáneamente en el estrecho sendero que dejan los buhoneros. Basta que alguien se detenga a preguntar un precio, a curiosear un juguete o a contar en silencio el dinero que trae en la cartera mientras palpa el aguacate, o la naranja, o extiende la mano para señalar la camisa, el pantalón o la toalla que desea, para que todos en nuestra prisa tropecemos, debamos detenernos también y tengamos que sortear un nuevo paso improvisado para poder continuar mientras, con no poco disimulo, tanteamos el bolsillo donde llevamos la cartera o apretamos aún más el bolso contra nuestro sudoroso cuerpo. Otro busto sin nombre mira tercamente al norte y tras de él una fuente más es otro trasto inútil.

Mercaderes

Cruzar la calle es un ajustado equilibrio entre arbitrariedad y azar. Al otro lado de la calzada, el discurso más preciso de lo que somos: las ruinas de una modernidad que a duras penas puede recordar su época. Un suelo de toldos de muy

disímiles materiales se extiende a todo lo largo y ancho de los corredores de un Centro Simón Bolívar que luce abandonado, acabado, como esperando una implosión que lo salve de tanta desidia, de tanto realismo. La Plaza Caracas ha sido tomada en pleno por personas que reclaman su parte de espacio público para delimitar su muy formal economía bajo un toldo de fiesta, blanco, rojo o amarillo, no importa el color. Lo que importa es que ya nadie podrá desconocer su derecho a estar donde nadie está y a defender la mercancía expuesta de las manos de cualquier ingenuo que pretenda aplicar la Ley del Talión: tomar algo de una mesa que se ha tomado el espacio nuestro ¿es delito? La vida es intensa y obstinada: dos niños aún encuentran espacio para lanzarse una pelota muy alto y muy lejos. La torre norte es un depósito de cenizas. De seguro la sur ya los es también, pero no hemos querido enterarnos.

De San Pablo a Miranda

El corredor es tan amplio que incluso con todos los buhoneros todavía se puede caminar con cierta holgura entre tanta gente que se amontona para entrar a la sede de la Oficina Nacional de Identificación y Extranjería. Me detengo cuando veo a un señor sentado en un taburete, al pie de la última columna, vendiendo bolígrafos y llaveros, con una carpeta llena de papel sellado y timbres fiscales. Decido comprar algunos timbres, puede que los necesite pronto para algún documento oficial y, como sé que no se consiguen oficialmente en ninguna dependencia, supongo que no está demás aprovechar este periplo para ahorrarme una diligencia del futuro. Dos de mil bolívares por tres mil y cinco de cien por mil. Gracias y buenos días. Cruzo la calle.

De Miranda a Maderero

Si algo es constante y homogéneo en su variedad son los tinglados de buhoneros. En una sola cuadra es posible ver casi todas las formas que su ingenio logra día a día. Cualquier bolsa de basura se vuelve un toldo, dos bases plegables de metal y una tabla de lo que sea, pero eso sí, siempre con un mantel de fieltro azul, rojo o verde, permiten exponer desde baterías hasta santos. Está la sombrilla amplia y de colores con la mesita y la silla; la lona tensada en un bastidor de plástico sobre cuatro paralelos sujetos con unos vientos de nylon; incluso en algunos toldos hay un faldón de protección hacia la calzada; también, el andamiaje con tuberías galvanizadas, con o sin techo; y la rejilla simple como exhibidor o compuesta, formando las paredes de un local en medio de la calle. Todos los sistemas combinados o especializados se organizan, casi siempre y lógicamente, separando al peatón de la calzada y enfrentado los improvisados puestos a las vitrinas de los locales comerciales en cuyos umbrales, impotentes, la mayoría de los comerciantes ven el diario afán de estos ¿desleales?, ¿ilegítimos?, competidores. Ropa de todas clases: de fiesta, deportiva, íntima; artefactos y utensilios para el hogar; repuestos de todo tipo; libros usados y nuevos; discos y películas digitales; alimentos perecederos y no perecederos y, en fin, todo cuanto pueda ser mercadeado –y lo que no, también– encuentra un sitio en este extenso sobresuelo de las aceras más transitadas de Caracas. Cruzo la calle.

De Maderero a Bucare

Aun cuando crea que lo he visto todo en Caracas, nunca dejo de sorprenderme, incluso con lo que ya he visto, pues siempre adquiere nuevos tonos, matices distintos, inacabables. Cerca de la esquina una mesa expone dorados y enormes trozos de chicharrón de cochino: se ve limpio, no hay moscas y el olor que percibo es de incienso aromatizado, proveniente de una tienda de imágenes católicas al frente. Más bien, de una tienda de productos esotéricos: pócimas para la suerte, el dinero, el amor, la salud; para espantar la seducción que arroja sombras sobre nuestra casa; para protegernos del mal de ojo; para tener la felicidad en la palma de la mano. Luego encuentro un puesto improvisado de teléfonos donde alguien llora junto a un vendedor de cinturones y perfumes. De pronto, un claro. Un tramo de acera despejado en una longitud

aproximada al largo de un autobús; pero no es una parada; por lo menos, no oficialmente; aunque es obvio que aquí se detienen los microbuses para permitir el desembarco de, como siempre, apurados pasajeros. Otra sorpresa: una hilera de macetas con palmas son la razón del claro en la acera. Volteo hacia la fachada y veo un gran local comercial que, evidentemente, dispuso estas plantas aquí como un recurso para atenuar la competencia.

Logro ver hacia arriba, al norte, y hacia abajo, al sur, los confines de la avenida desdibujados por neblinas de monóxido. Contemplo la fachada opuesta, al oeste. Dirijo mi atención hacia las obras más curiosas de este fragmento de muro urbano: pequeñas edificaciones de dos plantas, caracterizadas por dos elementos que saltan a la vista: primero, una sucesión de tríadas de ventanas, consistentes de dos rectángulos diferentes y en vertical junto a un cuadrado, relativamente pequeñas, dispuestas sin orden aparente y enmarcadas por molduras rectas de diferente profundidad, que ocurren sobre una pared lisa, en el piso alto, por lo cual es posible imaginar que allí ocurrían o continúan ocurriendo viviendas; a diferencia de las plantas bajas que, quizás, siempre han sido pequeñas quincallas, bodegas o merenderos. Segundo, el techo muestra una silueta de líneas rectas, quebradas, dibujando dos concavidades hacia la acera, de proporciones desiguales y no exactamente coincidentes con las ventanas. Tanto el entresuelo como el techo muestran los cantos de su fábrica: una nervadura de concreto armado perpendicular a la fachada, por lo cual se perciben como orlas de antiguas casas, distanciadas como a dos pies unas de otras y produciendo la sensación de que lo que sucede abajo está definitivamente separado de lo que acontece arriba. Inclusive del cielo.

Unos pocos bloques edificadas de cuatro a seis pisos, muestran cómo iban a ser sustituidas estas piezas ¿originales? Imágenes que van de lo lírico a lo pragmático sugieren la diversidad de oportunidades, recursos y pretensiones que podían acontecer. Mientras pienso en esto, siento la mirada fija sobre mí de una pareja de vendedores ambulantes que me han observado al tomar fotografías. Me sonríen ¿o no? Les ofrezco un gesto afirmativo –más bien temeroso– con la cabeza ¿sonríe? Uno se me acerca y pregunta “¿para qué son esas fotos?” Tartamudeo al responder “soy estudiante de

arquitectura (¡qué digo!)... soy profesor de arquitectura (¡no, digas que eres profesor, di que eres estudiante para que te 'respeten' más!)... soy estudiante de arquitectura y nos pidieron hacer un proyecto aquí" y gesticulo mostrando la fachada al frente y alejándome de ellos mientras hablo. Apuro el paso. Cruzo la calle.

De Bucare a El Carmen (sin llegar a Quinta Crespo).

No era allí. Era más abajo. En la acera oeste de la avenida Baralt. Entre las calles Oeste 14 y 16. Extraña nomenclatura esta en Caracas. Lógica en otras latitudes, pero incierta en una ciudad hecha de topónimos, de historias mínimas y accidentes. Una ciudad en la que todo está al norte o al sur del Guaire, un río que dreña nuestras miserias hacia las mañanas. Una ciudad en la que el norte es un orden verde, el único orden que nos queda; el este se extiende apenas desde Chacaíto hasta la entrada de Macaracuay y el oeste somos todos, estemos donde estemos.

En esta manzana predominan restos de las viejas casas medianeras de dos plantas. Hasta el mercado, salvo por el edificio del Instituto Nacional de Nutrición, esa pareciera ser la altura de este lado de la avenida. Es como si los límites precisos de este espacio se fuesen deshaciendo a medida que se acercan a su encuentro con la autopista Francisco Fajardo; como si las paredes se fuesen diluyendo en el aire hasta dejar sólo una urdimbre de suelos.

Sin embargo, dos torres de viviendas se levantan en esta manzana propiamente. Una de ellas, hacia la esquina Bucare, llamada "Edificio Oeste", atrae muy poco mi atención aunque repite la composición volumétrica de un cuerpo de tres plantas a borde de la avenida y una torre, de cinco a siete pisos, retrospectiva sobre el primero. La segunda torre, más modesta, despierta mi interés casi exclusivamente por sus balcones: anchos, pero no profundos, con lo cual logra la mayor superficie sin propiciar su simple conversión en otra estancia del interior de la vivienda; con antepecho al este y barandas hacia el norte y el sur, reconociendo así la diferencia arquitectónica entre cumplir el rol de alero y sugerir la localización efectiva de los valores del paisaje circundante. Es notoria la manera en que han sido enrejados, no propiamente encerrados: parecen grandes jaulas de pájaros –sin que esta comparación conlleve una valoración romántica y

favorable al respecto. El miedo impera, sin duda. Es fácil imaginar ladrones con vocación de hombre araña sobre esa fachada. En Caracas lo increíble, lo excepcional, es lo cotidiano. Esta es una ciudad que ha mutilado sistemáticamente sus balcones, porque, para el ciudadano común, su ciudad no puede ser un paisaje amable. Todo lo contrario. ¿Qué otra cosa sino asfixia puede sentir quien se asoma y sólo encuentra anodinas paredes de veinte pisos de altura o más? ¿Qué otra cosa, sino asco, rechazo, negación, al contemplar una techumbre de carros con sus exasperantes ruidos y tóxicas emanaciones? Todos, sin excepción, volteamos a la precaria burbuja que cada quien intenta construirse, buscando paisajes bucólicos, exuberantes, excitantes, en las páginas de turismo de los diarios o en la garrulería de un televisor. Nuestros hogares tornan, no pocas veces, en abúlicos pasajes; refugios obligados; íntima prisión. Así, ¿cómo sobrevive una ciudad cuando sus ciudadanos tienen la convicción, el deseo, la necesidad de estar en otra parte del mundo? ¿De qué otra manera se explican los éxodos durante el más mínimo lapso de asueto laboral? Cruzo la avenida, me detengo en la isla.

El tráfico parece despejado. Increíble para ser mediodía. Pero es sólo en este tramo. Arriba, en el cruce con la avenida Lecuna, por las obras de la línea 4 del Metro y abajo, por el Mercado de Quinta Crespo, los represamientos del tránsito se intensifican hasta casi el colapso. Y no son esas las únicas razones: una avenida de seis canales, tres para cada dirección, de los cuales uno, el contiguo a la acera, es preferencial para el transporte público; queda reducida a dos canales efectivamente continuos, pues los destinados a transporte están ocupados por vehículos mal estacionados, por invasión de buhoneros o por peatones que, en su ansiedad por ver con anticipación el microbús que requieren y alzar el brazo derecho hasta el descoyuntamiento para evitar que en su mutua carrera los chóferes pasen de largo, se van adelantando unos a otros sin darse cuenta hasta interrumpir casi el siguiente canal; en el que, finalmente, terminan parándose los transportistas para desembarcar a pasajeros que entre reclamos o ruegos piden "déjeme por aquí" o, los menos insistentes, "déjeme por donde pueda". Las paradas, en consecuencia, para una avenida con tanto tránsito de personas, están sorprendentemente deshabitadas salvo, eso sí, cuando llueve, o

parcialmente utilizadas por los vendedores improvisados. En fin, me paro en el rellano de refugio que el paso de peatones tiene en medio de la avenida y hago una fotografía hacia el sur, hacia la Unidad de Habitación del Paraíso y hacia el norte, donde queda del Ávila una pálida mancha. Cambia el semáforo y unas muchachas en un carro pequeño ríen y posan. Sonriendo yo también, termino de cruzar.

Dos viejas casas permanecen en la esquina, frente al austero y racional edificio del INN. No me detengo allí, sino que comienzo a ascender en dirección contraria al recorrido realizado. Un centro comercial de minitiendas es elocuente con la realidad del sitio: el interés por inversiones inmobiliarias de cierta importancia se ha reducido hasta casi anularse. Esta obra así lo muestra. La operación especulativa es total: dos plantas de locales comerciales sumamente reducidos, mínimos, se organizan en todos los rincones posibles de un sinfín de pasillos, interrumpidos ocasionalmente por unas pretenciosas escaleras que, si a ver vamos, terminan siendo valiosísimos lucernarios. Uno tras otro se repiten servicios de fotocopiado, estaciones de videojuegos, ventas de discos piratas, servicios de *piercing* y tatuajes, muchos locales cerrados y uno que otro café donde cobran mil bolívares para calentar comidas en un microondas. Salgo del centro y caigo en cuenta de que, a pesar de haber un local comercial que abarca un buen tramo de la fachada, la sensación es de estar caminando frente a un muro al cual se puede atravesar por dos seudoportales, casi accidentales, irreconocibles como tal a primer vistazo, salvo por la presencia de sendos vigilantes. También caigo en cuenta ahora que en mi trayecto dentro del centro comercial encontré vigilantes en varios puntos; así que, se trata de compensar con un negocio privado la falta de un indispensable servicio público para la vida urbana. Se anuncia aquí lo que ha estado ocurriendo también en la avenida Urdaneta: que los locales ampliamente abiertos a la calle se irán cerrando progresivamente, como una medida –ineficaz, por demás– para intentar paliar el acoso de la delincuencia.

Retorno a Bucare, por la acera colindante con el sitio del proyecto arquitectónico que se nos ha solicitado. Puedo caminar de nuevo bajo el estrecho corredor que se forma bajo el volado del entresuelo de las viejas casas modernas. El ritmo acelerado que sugiere la superficie nevada de

esta losa, relativamente baja, y el alero del techo más arriba, junto a los toldos de los buhoneros y las fachadas de los negocios me hacen pensar en cómo lo irregular y lo contradictorio dominan a todo lo largo de este ámbito urbano. Aunque las fachadas parecen estar alineadas, efectivamente no lo están; aunque las mismas fachadas al borde de la avenida sugieren el predominio de una cierta altura, todas las alturas son desiguales, ninguna cornisa, parapeto, antepecho o alero se nivela con otro. Así, parece siempre que hay un alero, pero no lo hay; parece que hay una continuidad de las paredes, pero no la hay. Todo ello sumado a las infinitas variaciones de los tinglados improvisados, los kioscos de periódicos que aparecen en donde menos convienen e invaden con igual intensidad que los tarantines; los postes, los árboles moribundos o sufrientes, toda suerte de avisos, señales y demás cosas que uno pueda imaginar, todo, sin excepción, se ubica con una única y permanente condición: nada se alinea con nada, nada continúa. Salvo, casi, y no deja de sorprenderme esto, el suelo. La acera. Sucia, deteriorada y maltratada, es la única superficie donde todo se comunica, aun cuando su pendiente suave hacia el sur, también, a todo diferencia. Pero esto ocurre de manera constante. A ras de las aceras de esta avenida, todo se diferencia de la misma manera, según la misma razón. La redondez de la tierra, en fin, querámoslo o no, diferenciándonos, nos iguala.

De Bucare a Pedrera.

Me detengo en la esquina para admirar otra torre de viviendas, el Edificio Bucare. Un volumen esbelto, gratamente proporcionado y correcto en la composición de sus partes: un cuerpo bajo toma la altura de las viejas casas, como testimonio de la ciudad que era, pero incorporando un elaborado trabajo de pequeñas cajas entrantes y salientes, demostrando que en su momento la calle o la avenida no se realizaba a partir de una pared alineada, continua y texturada, sino desde una sucesión de volúmenes autónomos y abstractos, casi esculturales, que deliberadamente alteraban aquella “tradicional” condición; sobre ese cuerpo bajo y sin “tocarlo” propiamente, la torre se “alza” –apoyándose en columnas que han sido ocultas. Así, sólo aire, sólo “espacio en tensión” une lo de abajo con lo de arriba, creándose un lugar colectivo que la buena práctica del oficio sugiere destinar a la recreación de los residentes. Me

recuerda algunas de las obras de Vegas & Galia a finales de los 50; un poco, quizás, las torres Tabaré en San Bernardino y Meli y Crisbel en Colinas de Bello Monte. La expresión de la torre como resultado de apilar fragmentos horizontales, tratados con paredes de ladrillo o tablilla de arcilla, lo cual refuerza la percepción de horizontalidad sucesiva y compresión; separadas cada franja entre sí con el canto de las losas de entrepiso, frisadas y pintadas de blanco; en este caso, con las puntas de las vigas de carga proyectadas para sostener, como un rumor de fondo, el ritmo vertical que modula a la torre en la longitud de su fachada mayor, hacia la calle Oeste 14; las ventanas profundas al este y al oeste; la textura calada en la zona de servicio y, en fin, todo el trabajo de la superficie dan cuenta de una imagen racional, digna y austera a la vez, para una torre de viviendas bien hecha, sin fuegos artificiales fatuos ni pretensiones impertinentes. Una obra correcta. ¿Algo excepcional en Caracas? Esta edificación no está en los libros que me enseñaron, no sé los nombres de quienes la proyectaron y de quienes la realizaron, pero en este momento, como peatón, les agradezco su labor bien cumplida. ¿Dirán lo mismo sus habitantes?

Pero toda esa descripción apenas muestra lo que mis ojos se complacen en ver, más allá del lente del arquitecto: los balcones, ya transformados en ventanerías con apenas la baranda como testimonio de la estancia que desapareció para ampliar la sala, salvo, uno que alcanzo a distinguir. Aún permanece vacío tras su baranda blanca, como debió haber sido originalmente ese lugar en que la intemperie y el refugio se funden en una sola sensación. En casi todos los demás ex-balcones aparece el toldo, el infaltable toldo metálico de bordes orlados y bandas azules y blancas, junto a las muy populares rejas de “pecho de paloma”, tan queridas en esta ciudad cultora de la propiedad horizontal en la que, diría el profesor Arturo Almandoz, las macetas en las rejas nos recuerdan el patio perdido y, agregado, sostienen la esperanza de volver a él un día, quizás una noche. En algunas barandas y en algunos toldos, han colgado ropa. Buscan los restos de sol de las antiguas lavanderas. ¿Cuánto “progreso” somos realmente capaces de soportar?

La esquina viva, entre frutas, verduras y nostalgias me conduce hacia la torre vecina a la Bucare, cuyo nombre no tuve el tino de leer,

distraído por el placer de la penumbra provista por uno de los sobrevivientes árboles de esta avenida y la alegría que me produjo el destello de luz en parte de la fachada: unos rectángulos de mosaicos amarillos con pequeños puntos negros, en antepechos de balcones que, tramados con unas pérgolas de agujeros grandes, dejan llegar el mediodía sobre los peatones con gracia y amabilidad. Una vez más, las rejas, el miedo y también los cerramientos de vidrio y aluminio que tornan balcones en cerradas ventanas. No puedo dejar de pensar que quienes viven allí, en esos apartamentos, hacen todo lo posible, afinan su paciencia y tolerancia, para resistir ruidos y más ruidos, hollín y más hollín. Imagino manchados los dedos de una mujer que, agobiada, ha olvidado pasar un paño a la mesita que cerca del balcón tiene aún la maceta seca de la última planta de navidad que recibió.

Intento continuar sorteando ofertas, miradas ajenas y recovecos cuando otros balcones se adueñan de mí. Una extraña fachada, una suerte de trozo sacado y reducido de las Torres del Silencio está aquí, en una edificación baja, severa. Son balcones que nadie pareciera querer habitar; las antenas de televisión por satélite ofrecen testimonio de ello. Al primer vistazo ciertamente creí estar viendo un edificio de oficinas pero, cuando pude advertir el escorzo norte, me asombré de las hileras de macetas y ropa blanca colgada en los topes de antepechos de lo que, sin duda, han de ser los pasillos de cada piso. Estamos acostumbrados a pensar que el edificio de oficinas debe ser impersonal, que no puede mostrar rasgos de vida doméstica en su superficie. ¿Si son las mismas personas que en uno u otro lugar siguen anhelando un patio, paz, comodidad y resguardo, tiene sentido esperar claves, signos, guiños diferentes?

En otra torre de apartamentos, colindante al sur de aquella tan extraña, muy ornamentada esta con molduras que recuerdan motivos florales y con antepechos adornados con anchas franjas de cerámica turquesa, veo entrar a un balcón del penúltimo piso una mujer. Pude distinguir en su rostro la adustez de quien se concentra en su faena diaria. Nada a su alrededor pareciera estar aconteciendo. Nada más que el mantel rojo que trae en sus manos y de un solo gesto, como los pescadores que en el Orinoco lanzan y abren la red para capturar la vida que los sostiene, así, esta mujer desplegó sobre el vacío ese mantel de rojo vibrante. En su flamear por la brisa y por la

danza de los brazos de ella, un *déjà vu* me invade: creo contemplarla desde siempre, desearla desde siempre, anhelar desde siempre lo que ese ingenuo acto de cotidiana domesticidad significa. No logro asirlo. No alcanzo a comprenderlo pero allí está, en la belleza de su rostro seriecísimo, su cuerpo ágil, sus movimientos libres, la franelilla azul que deja al desnudo su pecho, hombros y abdomen. Flamea el mantel rojo bajo el sol de Caracas a mediodía, sobre la avenida Baralt, cuando todos vamos y venimos absortos, hundidos, rendidos y, siempre al mismo tiempo, esperanzados, buscando ese trozo de cielo despejado, ese rostro empeñado en vivir; ese amor que se agite libre dentro de nosotros como ese mantel, ese humilde mantel en manos de esa hermosísima y desconocida mujer que hace de la calle el patio más íntimo de su hogar.

10/03/05